

INTRODUCCIÓN

LA REVELACIÓN DE LA SEXUACIÓN HUMANA

Me escribía hace poco una gran artista plástica de nuestro tiempo que cuando ella hace arte lo hace “como mujer, por supuesto”. Yo me quedé pensando, pensando de esa manera suspendida en la que se piensa cuando una (sin excluir al hombre) se ve detenida de improviso por una llamada de las entrañas, una llamada o tirón que le advierte de que algo que parecía verdad ya no lo es, se ha vuelto verosímil, o sea, parecido a la verdad, no verdadero. Al cabo de unos días, de madrugada, me vino una respuesta que unía la llamada de las entrañas con las palabras. La respuesta decía: el ser mujer no se puede dar por supuesto, ya que su sentido (sus sentidos) son una revelación discontinua.

El dar por supuesta la sexuación humana, el dar por supuesto el ser mujer una mujer, hunde una y otra vez el ser mujer en la insignificancia. Esto se entiende enseguida si lo acerco a la luz de la experiencia del amor. Cuando una está enamorada pero anda tan ocupada que no tiene tiempo de cuidar la relación con aquel, aquella o aquello que ama, suele ocurrirle que, de pronto, cae en la cuenta de que el amor se ha ido cuando algo le dice, susurrando, “Me está dando por supuesta”. El dar por supuesto es letal para aquello que es dado por supuesto (el ser mujer, en este caso) porque vuelve innecesaria o superflua la revelación del propio ser. Una queda entonces a merced de lo que otros u otras supongan que ella es.

El dar por supuesta la sexuación humana es un atajo que tienta, y mucho, porque el cuerpo se obstina en ser, y esta obstinación suya disminuye la productividad y la eficacia que la vida actual

exige implacablemente. Como cuando se habla en masculino pretendidamente universal alegando una supuesta economía del lenguaje. Pero es un atajo que lo que más abrevia es la felicidad de estar vivo o viva en coincidencia con el propio ser. Lo cual no es esencialismo, como se sigue diciendo a veces cuando da miedo hablar de verdad, sino ganas de vivir.

Algo análogo ocurre en la educación. Hoy se habla mucho de educación porque se espera de ella, y con razón, que modifique o invierta el signo negativo con el que desde hace unos pocos años nuestra sociedad, antes eufórica, se describe a sí misma. Se espera mucho de la educación pero, al mismo tiempo, se da por supuesto que ya se sabe lo que la educación es, lo cual lleva a creer que lo único que hace falta es proponer y consensuar los puntos principales de su próxima reforma.

Y, sin embargo, no es así. No es cierto que sepamos qué es la educación. No lo es porque la revolución femenina del siglo xx, esa revolución de la que se dice que es la única que triunfó en ese siglo de grandes revoluciones, ha traído al mundo un cambio de civilización. Este cambio, no obtenido sin sangre (aunque la revolución femenina haya sido pacífica) porque el principal riesgo de muerte violenta sigue siendo hoy para una mujer el que representa su pareja o expareja hombre, ha consistido en el final del patriarcado.¹ El final del patriarcado ha cambiado por completo la política sexual de nuestras sociedades y, con ella, ha cambiado por completo el sentido y el valor de la educación. Los ha transformado hasta el punto de que la vieja educación ha dejado de ser reformable. El principal cambio en la política sexual traído por

1. Sobre el final del patriarcado, véase: Luisa Muraro, *Salto di gioia*, "Via Dogana. Rivista di politica" 23 (1995) 3, y Librería de mujeres de Milán, *El final del patriarcado. Ha ocurrido, y no por casualidad*, en Eaed., *La cultura patas arriba. Selección de la revista 'Sottosopra' (1973-1996)*, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Madrid, horas y Horas, 2006, 185-225.

el final del patriarcado ha consistido en reconocer, tanto bastantes mujeres como algunos hombres, la existencia y el valor de la autoridad femenina, y en admitir que en la raíz de la autoridad femenina está la relación con la madre, cada madre concreta y personal.² En consecuencia, el principal cambio ya cumplido en cuanto al sentido y el valor de la educación consiste en reconocer que la madre es la primera educadora y que, por tanto, aprender es aprender lo simbólico.³ Lo simbólico, el orden simbólico, es la lengua materna, es decir, la lengua que hablamos, la trama de sentido que crea, usa y cohesiona una comunidad de hablantes.

El patriarcado, apoyado, entre otras, por la ideología contrarrevolucionaria que fue el psicoanálisis,⁴ rompió la conexión vital entre la escuela y la madre, imponiendo una cesura por la que entraba el padre a sustituir a la madre como garante del horizonte de sentido de la educación. La escuela o, mejor dicho, la parte patriarcal de la escuela, se convirtió así en un lugar en el que se enseñaba o se debía enseñar a admirar lo que es resultado de la fuerza; de la fuerza, no de la práctica de la relación, que es (esto último) lo que enseña la madre y lo que es educativo y civilizador. Porque la relación es el eje de lo simbólico, como muestra la importancia de la sintaxis para hablar humanamente, es decir, con sentido.

2. Véase Diotima, *Oltre l'uguaglianza. Le radici femminili dell'autorità*. Nápoles, Liguori Editore, 1995; Hipatia, *Autoridad científica, autoridad femenina*, trad. de Laura Trabal Svaluto-Ferro y María-Milagros Rivera Garretas, Madrid, horas y Horas, 1998; VV. AA., *Autoridad femenina / Libertad femenina*, Tema monográfico de "DUODA. Revista de Estudios Feministas" 7 (1994) 55-142; Wanda Tommasi, *¿Segundo sexo o autoridad femenina?* "DUODA. Revista de Estudios Feministas" 18 (2000) 69-86.

3. Sobre el vínculo entre la madre y la educación, véase Veronika Mariaux, *Tener presente a la madre*, "DUODA. Revista de Estudios Feministas" 7 (1994) 145-156.

4. Esta idea del psicoanálisis en Alessia Dal Bello, *The Mothers of Us All: Kate Millett*, "Via Dogana. Rivista di pratica politica" 95 (diciembre 2010) 27.

Una prueba fehaciente de que la educación ya no es lo que era, una vez terminado el patriarcado y agotado el régimen de significado que el patriarcado imponía, la proporciona la opinión corriente que sostiene que el alumnado (más los alumnos que las alumnas) es cada vez más ignorante. Se dice y se repite que llegan a la universidad sin saber escribir bien y sin comprender bien los textos escritos; y que esto es intolerable. Y es, incluso, posible que, por lo general, así sea. Pero lo interesante está en que, al decir esto, se da por supuesto que el saber escribir bien y comprender bien los textos escritos es el cimiento inamovible de nuestra civilización. Lo cual no es más que un supuesto, propio de alguien que piensa que ningún alumno debe superar a su maestro. Mas ningún supuesto vale ante el impulso vital de quien tiene deseo de aprender y, con su deseo, se exprese como se exprese, llena la escuela de buenas noticias.⁵

En realidad, el curioso noviazgo entre conocimiento y escritura es un noviazgo reciente. Data de la Revolución francesa, y ha llevado a errores históricos tan crasos como el de hacer creer a la opinión pública que las mujeres hemos sido, hasta que hace poco nos pusimos a estudiar diligentemente el conocimiento masculino, unas ignorantes. El noviazgo, en cualquier caso, se

5. El tono negativo del lenguaje en torno a la enseñanza fue modificado en Italia a mediados de los años noventa del siglo xx por el movimiento de autorreforma de la escuela y de la universidad. Puede verse: Marta Holguerras Pecharromán y Ana Mañeru Méndez, ‘*La scuola: un’autoriforma gentile*’, “DUODA. Revista de Estudios Feministas” 12 (1997) 175-179, VV. AA., *La autorreforma de la universidad en Italia*, “DUODA. Revista de Estudios Feministas” 15 (1998) 105-109, y Antonietta Lelario, Vita Consentino, Guido Armellini, *Buenas noticias de la escuela*, trad. de Gemma del Olmo Campillo, Madrid, Sabina Editorial, 2011; también, Daniela Ughetta y Manuela Vigorita, *Il movimento è delle maestre. Intervista alla maestra Antonella Rossilli della scuola Iqbal Masih di Roma*, “Via Dogana. Rivista di pratica politica” 87 (diciembre 2008) 4-5, así como su documental *L’amore che non scordo. Storie di comuni maestre* (Italia, 2007).

ha disuelto ya a día de hoy, cuando tampoco buena parte del profesorado que protesta de la incompetencia en la escritura de sus alumnos, escribe verdaderamente bien. Esto no es un desdoro ni una contradicción sino el indicio del cambio del orden simbólico que estamos viviendo: quien se sorprende ante la escritura de los alumnos no ve su propia escritura porque, en realidad, ha cambiado ya también su propia *forma mentis*, su propia manera de ver. Otras cosas, otros aprendizajes, están ocupando ahora algo o mucho del lugar que hasta hace unos años ocupaba la escritura en el conocimiento nuestro occidental.

Un testimonio más de estos cambios ya consumados, que afectan profundamente al sentido y al valor que tiene hoy la educación, es el lenguaje artístico actual nacido de la descomposición del libro, tanto de sus páginas como de sus líneas, que son recortadas en trozos para significar algo nuevo, un lenguaje que yo he conocido en la obra de Mar Arza y que indica, en mi opinión, que la escritura tradicionalmente entendida se está convirtiendo en un objeto de culto, un monumento.⁶ Otro testimonio lo proporciona la aparición de una disciplina académica llamada “Cultura escrita”, lo cual sugiere que la escritura tiene ahora algo de menos vivo, de objetivable, de cuestionable. María Zambrano (1904-1991), que a la escritura dedicó mucho de su vida, escribió en 1934, en *Por qué se escribe*:

“¿Qué es lo que quiere decir el escritor y para qué quiere decirlo? ¿Para qué y para quién? Quiere decir el secreto; lo que no puede decirse con la voz por ser demasiado verdad; las grandes verdades no suelen decirse hablando. La verdad de lo que pasa en el secreto seno del tiempo, es el silencio de las vidas, y

6. Sobre la obra de Mar Arza, www.mararza.com y, por ejemplo, (*arquitecturas del somni*) I-V, en “DUODA. Revista de Estudios Feministas” 24 (2003), o reseñas de obra suya en *Ibid.*, 32 (2007) 171-173 y 33 (2007) 197-200.

que no puede decirse. ‘Hay cosas que no pueden decirse’, y es cierto. Pero esto que no puede decirse, es lo que se tiene que escribir.”⁷

Hoy lo simbólico recorre otros caminos, además del camino precioso de la escritura tradicionalmente entendida. La madre enseña a hablar, no a escribir, aunque autorice, sin duda, el aprendizaje de la escritura. Lo que ella enseña es a expresarse, a comunicar y a crear, sin quedarse fijada en los instrumentos, aunque se fije en ellos.

Hoy el mundo está preparado para reanudar el vínculo vital entre la enseñanza y la madre. Hoy es posible decir que aprender es aprender lo simbólico y seguir aprendiéndolo a lo largo de toda la vida, sin romper con la madre y sin prescindir de la riqueza que viene del padre cuando este entra en el círculo de carne creado por la que le ha hecho padre.

Esto quiere decir que la educación para la igualdad está agotada; no porque haya fracasado sino porque ha llegado a su cumplimiento, a su triunfo. Aunque queden muchas injusticias y desigualdades, nadie piensa ya que es bueno que haya obstáculos sociales que impidan o dificulten el estudio y el aprendizaje de nadie que desee aprender porque, como hacen las madres, hemos tomado conciencia de que la educación ajena multiplica hasta el infinito mi propia educación. Hoy la educación exige ser pensada y practicada según la medida de la realidad que está naciendo de las consecuencias de la revolución femenina del siglo xx.⁸ Esta

7. María Zambrano, *Por qué se escribe*, “Revista de Occidente” 132 (junio 1934) 318-328; cito de su reedición en Ead., *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, 33.

8. Sobre esta cuestión, puede verse mi *Ella es demasiado libre: la revolución del tiempo y del amor*, “DUODA. Estudios de la Diferencia Sexual” 41 (2011) 46-64; y Diana Sartori, *Medida por medida*, Ibid., 66-91.

nueva medida ha dejado atrás la que imponía el sujeto moderno, aparentemente neutro y de hecho masculino, una medida que pretendía que las mujeres nos igualásemos a los hombres, como si el hombre pudiese ser la medida de la mujer: una medida esa, la medida única de la igualdad, que ni los chicos, que desde hace más de una década son minoría en la universidad, sostienen ya. La nueva medida consiste en la contratación continua y libre de la medida misma entre mujeres y hombres que viven la sexualización humana como una fuente inagotable de sentido y, por tanto, como una riqueza política, cambiante con la realidad que cambia. Por ello, la educación puede hoy tener como horizonte simbólico u horizonte de sentido el enseñar lo que es resultado de la práctica de la relación, no de la fuerza; para así sacar de cada alumna o alumno lo mejor de lo que ella o él puede traer al mundo si, aceptando la ofrenda de relación disponible en el aula, se deja educar.

Para obtener esto, no basta con que la enseñanza sea un compromiso o un empleo. Es necesario que sea una vocación.⁹ La vocación es una llamada, y es la llamada lo que la convierte en una dedicación. Pues la enseñanza es, sin vocación, durísima de sobrellevar, con frecuencia incluso destructiva para quien se ve enredado o enredada en ella sin haber sentido su llamada. Como es una llamada —una llamada de las entrañas— el ser madre. También el ser madre es difícil de sobrellevar sin vocación, y es una esclavitud si procede de violencia ejercida por el hombre.

Para mí, que la enseñanza sea una vocación quiere decir que, al enseñar, además de dar, recibo y aprendo: aprendo algo más sobre mí, sobre el ser que soy y sobre las posibilidades que tengo de seguir siéndolo. Para el ser humano, el conocerse es una adicción trascendente, es decir, un descubrimiento cuya

9. Véase María Zambrano, *La vocación de maestro*, en Gregorio Gómez Cambra, ed., *La aurora de la razón poética*, Málaga, Editorial Ágora, 2000, 115-139.

atracción no caduca. Por eso, el aprender enseñando suele llevar a que la enseñanza se convierta en una dedicación, también con lo negativo, con las sombras, a veces negrísimas, que una dedicación trae consigo. “Dedicación” es una palabra que deriva del latín *deodicare*, dedicar o dedicarse a Dios, que es, a su vez, una palabra que nuestra lengua tiene para referirse a lo más.

La madre y, en segundo lugar (segundo y comodísimo, no secundario), el padre, saben lo que es una dedicación. De esta sabiduría pueden aprovecharse hoy mucho la escuela y la universidad, si no rompen el vínculo con la fuente de sentido que es la maternidad.